

## TEATRO

### "Sopa de pollo con cebada"

Estamos ante la primera pieza de la gran trilogía. A finales de los años 50, A. Wesker, junto con Arden, Pinter y Bond, formaba parte de un "nuevo teatro inglés". Su reflexión sociopolítica, con Sartre, es sin duda el exponente más vivo del mejor teatro político de nuestro tiempo. Gran Bretaña retomaba por entonces su conciencia de nación importante y atrás quedaban las primeras revueltas fascistas y la gran guerra. Había pasado el ataque frontal al enemigo común y era el momento de que los intelectuales, cajeros y jueces de la Historia, hicieran sereno juicio y balance de lo ocurrido ante una sociedad todavía temblorosa en marcha hacia la inestable paz de la burguesía capitalista. Wesker jamás se dejó llevar por triunfalismos. Su mirada científica, un poco amarga, permanece alerta y desde la crítica desgarrada a la sociedad de consumo ("La Cocina"), hasta la risotada hacia la "Royal Air Force", su esfuerzo catalizador le ha convertido en el gran temido heterodoxo.

"Sopa de pollo con cebada", pese al tiempo, nos llega en la hora justa, en el momento más apropiado. Porque la situación vivida por Europa en los años 50-60, es un fiel reflejo de la España actual. Muerto el enemigo común, el incierto porvenir espera.

Partiendo de un naturalismo justo, el dramaturgo escapa, como siempre, de apologías partidistas y su siempre evidente decaimiento político no anula la autocritica. A través de una familia obrera inglesa, Wesker contempla la lucha de la clase trabajadora en su esfuerzo por lograr el socialismo. Un cuadro perfectamente trazado que el tiempo (desde 1936 a 1956) va cuarteando, degradando en colores, difuminando perfiles. De aquellas primeras luchas contra el fascismo, de las Brigadas Internacionales, hasta la sociedad industrializada, todo un mundo de contradicción, porque para el autor la lucha obrera no es un fin inmediato, sino la dialéctica his-

tórica. Sus personajes son, antes que nada, seres individualizados, complejos: Sarah Kahn, militante infatigable; Harry, su indolente y cobarde marido, compendio de frustraciones y apatías; sus dos hijos, la cuñada sindicalista y los amigos en la lucha cotidiana. Ante los ojos de estos pequeños personajes, el paso de la Historia. Se contempla la depuración soviética, la invasión de Hungría y todos los oscuros pasos de una ideología llamada a salvar a una clase desatendida. Ante todo ello, la soledad, el vacío, la impotencia ante la realidad, el paso del tiempo que termina aniquilando al hombre.

un canto de Wesker ante lo visto. El no analiza, no enjuicia y su nihilismo es trascendental.

Lo ofrecido en el Bellas Artes se encuentra a la altura de un drama tan perfectamente trazado. El espacio escénico (sobrado quizá de amplitud) es riguroso y cuidado. La dirección escénica, a cargo de Josep María Segarra y Josep Montanyes, perfecta, quizá adoleciendo un tanto de ritmos adecuados en los cambios. La incorporación de los personajes, donde brilla la espléndida actuación de Irene Gutiérrez Caba y Agustín González, limpia y ajustada. El Centro Dramático Nacional ha realizado aquí, una



"Sopa de pollo con cebada", de Wesker.

Aquellos jóvenes revolucionarios del 36 van perdiendo su fe, la esperanza en un mundo mejor y se entregan, poco a poco, a la existencia cómoda y vacía que el capital les ofrece. La indolencia de Harry, manifestada desde el principio de la obra, va siendo asumida por los personajes. Sarah, pese a todo, continúa en su vieja militancia comunista, porque ella sabe que la luz del socialismo depende de su verdadero fondo y no de los errores de sus hombres. Las últimas palabras a su hijo, con las que se cierra el último telón, vienen a mostrar toda su psicología: "Ronnie, si renuncias a luchar, morirás". Es

vez más, una labor profunda, poniendo al servicio del espectáculo lo más conveniente, sin reparar en convencionales repartos ni medios. Wesker es situado en su lugar con toda dignidad. ■ MIGUEL A. MEDINA.

### "Encantada de conocerle"

Podría realizarse ya, sin apenas movernos de Madrid (tanto es el empeño en que conozcamos de modo tan exhaustivo como inútil la casi totalidad de la actual dramática hispanoamericana,

una acertada síntesis sobre las constantes básicas que motivan a los autores hermanos en lengua. Las coordinadas ideológico-estéticas vienen a ser siempre las mismas y la novedad, de existir, aparece esporádicamente gracias a ciertas originalidades personalistas siempre dentro de los cánones comunes. Oscar Viale, argentino, autor de la comedia estrenada en el Infanta Isabel, no es una excepción en esta generalizada corriente.

A pesar de que "Encantada de conocerle" no puede definirse como lo más desafortunado que nos llega de aquellas latitudes, lo cierto es que sus valores reales tampoco parecen justificar demasiado su elección. Podría hablarse de una comedieta ligera, de un bien tramado divertimento, sencillo y de inteligente corte, cuyo valor más apreciable se alcanza justamente en el inesperado desenlace.

Preocupa al autor el problema de la soledad, de la incomunicación dentro de una sociedad desgarrada y ostracista. Aquí, una viuda todavía joven se enfrenta primero con el dilema generacional planteado por su única hija; luego, es su propia vida, vacía, monótona, que en un determinado momento parece poder cambiar por medio de un hombre que la hace revivir viejas ilusiones sentimentales. El personaje asume su parca cotidianeidad pequeño-burguesa de un modo peculiar, utilizando como defensa una dulce pero inteligente ingenuidad. Un poco de ternura, de absurdo ordenado, brotes cómicos, juego continuo entre lo amargamente inmediato y su camuflaje cobarde a través de la fantasía. Dos personajes bien trazados, la viuda citada y su yerno, que además encuentran una gran interpretación en María Asquerino y Alberto Alonso, y todo quedaría ahí de no ser por la aludida pretensión de llevar el desenlace hasta los límites de la tragicomedia. El hombre que significa la vana ilusión de la viuda (un polaco brutal que no sabe una palabra de castellano, con las consiguientes situaciones cómicas que ello puede acarrear) resulta ser un singular sátiro que termina violando a la hija, ante la impotencia de su propio marido. Dada la incapacidad de los tres personajes para repeler el descarado abuso de la fuerza bruta, acostumbrados como están

## Cultura a la contra

### RATAS

Según estadísticas, en Madrid el número de ratas es infinitamente mayor al de hombres. Yo creo que es al revés: que es mucho menor la cantidad de hombres que de ratas. Pues hay muchos hombres que no lo son, y muchas ratas que se distraen de hombres con fines verdaderamente deshonestos: matar, aterrorizar, fastidiar. Matan gente a la salida del cine, por que sí; atacan a los manifestantes de la CNT en el pacífico y soleado primero de mayo, recordando a aquellas otras ratas que asesinaron a otros anarquistas en Chicago otro primero de mayo de luctuosa memoria; convocan manifestaciones agresivas en la plaza del Dos de Mayo, para impedir una de las pocas actividades de auténtica cultura popular que nos quedan, las fiestas del Dos de Mayo. Las ratas reprimen, asesinan y destrozan con toda impunidad. Pueden hacerlo.

Hay ratas de todos los colores, de todos los pelajes: grises, verdes, marrones, azules incluso. Se las puede encontrar en el autobús, en los bares, tomando copas por ahí alegremente —no tienen por qué no estar alegres, cuando todo está de su lado—, o arrazimadas en plazas y cruces de caminos, al acecho de sus víctimas. A veces van armadas, a veces no. Cuando uno intenta defenderse de sus mordeduras, dicen que se las provoca y atacan con furia vesánica. Y, a veces, son ayudadas en su labor de horror, de miedo y miseria por algunos hombres que se confunden, y que las hacen el juego para implantar con mayor fuerza el Cuarto Reich en que ya vivimos.

Cuando uno trata de defenderse, o de reaccionar de algún modo contra las ratas, como ha pasado con los Hijos del Agobio, puede pasar de todo: que se les encarcele, que les cierren sus locales, que les amenacen, que les torturen. Los Hijos del Agobio pretendían buscar una forma de cultura alternativa para una de las zonas de Madrid más desamparadas, la de Vallecas y Palomeras. Allí se vive un auténtico clima de miseria y desamparo, y no solamente cultural. Y cuando se tratan de arreglar las cosas, la represión no se hace esperar. La cultura no interesa para nada a las ratas: las ratas quieren discotecas de brillantes colorines, supermanes y otras monstruosidades de igual calibre. No quieren que los humanos tengamos vida, sino distracciones, para que nos olvidemos de que ellos —los enemigos de la vida— existen. Y los centenares de jóvenes que forman los Hijos del Agobio, los vecinos de Vallecas, no pueden hacer más que manifestarse por sus calles de barro y tratar de llamar la atención a otros colegas en la represión y el agobio que a todos nos acosa. No creo que consigan nada; no creo que nadie consiga nada, porque el uso del rati-cida está prohibido.

Las películas de ciencia-ficción nos hablan con horror de una inminente rebelión de esos roedores, habitantes de las alcantarillas, que tanto miedo y asco dan. A mí las ratas "underground" no me preocupan tanto. Me dan mucho más miedo —y asco también, por supuesto— las que andan en dos pies, van en cochecitos blancos, se pavonean alegremente por encima del asfalto, no por debajo, y nos agreden. La rebelión de las ratas empezó hace mucho tiempo, hace miles de años, y ellas la ganaron. O tal vez no sean ratas, sino extraterrestres, quienes nos dominan. Da igual la nomenclatura: el caso es que estamos ocupados. Hasta que estallen las centrales nucleares y muramos todos. Pero no como ratas, sino por su causa. ■ EDUARDO HARO IBARS.

al continuo juego de evadir la realidad, no encuentran mejor salida que obviar el acontecimiento dentro de una convencional ficción.

El traslado de nacionalidad del texto pretende realizarse de modo equivocadamente riguroso, transformando los modismos propios en meros casticismos desfasados con regusto a pasotismo barato, que sin duda restan encanto al lenguaje original, desvirtuando el sabor localista y dejando la acción sin verdadera ubicación.

Un tímido intento, en suma, que, independientemente de los posibles resultados que pueda producir entre un determinado público amante de la buena butaca y la evasión, pasará sin aportar nada nuevo. ■ M. A. M.

## CINE

### "Jaque a la dama"

Hay malas películas que no responden, sin embargo, a un mal director, sino a pésimos guiones o a precipitaciones de producción. Es el caso de "Jaque a la dama", de Francisco Rodríguez. Sus obras anteriores, "La casa grande" y "Gusanos de se-

"Jaque a la dama", de Francisco Rodríguez.



### "Cuentos de Pasolini"

Los distribuidores y exhibidores no tienen el menor pudor en tergiversar títulos de películas, nombres de autores, fechas de realización o lo que les venga en gana con tal de conseguir que al-

da", pecaban también de esto, pero eran películas más trabajadas y, en definitiva, menos insostenibles que la que ahora se estrenaba. La pretenciosidad de aquellos títulos era más sutil. El divertimento que ofrecían, más sano. En "Jaque a la dama" se ha querido jugar a película importante, sin duda por las ambiciones de un guión escrito para ser leído antes que contemplado en imágenes. Diálogos que a lo mejor "pasaban" en texto escrito, son chirriantes oídos en una secuencia. La sucesión de relaciones y complejos de los personajes protagonistas adquieren por esos diálogos una representatividad falsa. Estamos de nuevo ante una película sobre la nada.

Francisco Rodríguez ha corrido demasiados riesgos con esta historia, no se ha atrevido a rechazar un guión y a algunos actores secundarios. Me da la impresión de que le ha importado más hacer una película cualquiera que una película que pueda tener algo que ver con él mismo y con quienes contemplamos su trabajo. Y el resultado es esta antología pedante y sin humor, grandilocuente y hueca.

Sin embargo, en "Jaque a la dama" hay algo que me produce una admiración absoluta: el trabajo profesional de Concha Velasco y Ana Belén, la primera mejor ayudada por un personaje que tiene menos ocasiones de rozar situaciones grotescas que el de su compañera. La actuación conjunta de estas dos extraordinarias actrices adquiere aún más valor cuando se supone que luchan contra un guión que no les pertenece y al que quieren infundir de alguna humanidad, de algún sentido. Lo consiguen en ocasiones —sin duda, gracias también al trabajo de dirección de Francisco Rodríguez—, aunque esos momentos no sean suficientes para justificar la existencia de este error convertido en cine. ■ DIEGO GALAN.